

ahora mas distante que nunca. Escenahame pues, prima, con sosiego, y cree que no necesitaré jamas consejo sobre dudas que puede la honradez resolver por si sola.

En seis años que hace que vivo con el señor de Wolmar en la union mas perfecta que entre dos esposos reinar puede, sabes que nunca me ha hablado ni de su familia, ni de su persona, y que habiéndole recibido de un padre tan celoso de la felicidad de su hija como del honor de su casa, no he manifestado que deseaba saber acerca de su persona mas que lo que tenia por conveniente decirme. Satisfecha con deberle con la vida del que me la habia dado mi honor, mi sosiego, mi razon, mis hijos y todo cuanto á mis propios ojos algun valor puede restituirme, estaba cierta de que lo que cerca de él ignoraba no desdecia de lo que conocia, y no necesitaba saber mas para amarle, estimarle y honrarle todo lo posible.

Mientras nos desayunabamos esta mañana nos propuso dar un paseo antes que apretara el calor; despues con pretexto de no andar por el campo en bata, nos llevó á los bosquecillos, y justamente, querida, al bosquecillo mismo donde tuvieron principio todas las desdichas de mi vida. Al acercarnos á este sitio fatal sentí yo un horrendo latir en mi corazon, y me hubiera negado á entrar, si no me hubiese contenido la vergüenza, y si la memoria de una espresion que se dijo en el Eliseo el otro dia no me hubiera hecho temer interpretaciones. No sé si estaba mas sosegado el filósofo; pero habiendo por casualidad puesto los ojos en él, le encontré amarillo, demudado, y no puedo explicarte la pena que todo esto me ha causado.

Al entrar en el bosquecillo vi que me dió una ojeada mi marido, y se sonrió. Sentóse en medio de los dos, y despues de un rato de silencio, cogiéndonos á ambos por la mano: Hijos míos, nos dijo, empiezo á ver que no serán vanos mis proyectos, y que podremos vivir los tres unidos con una amistad duradera, capaz de hacer nuestra comun felicidad, y mi consuelo en los achaques de la ve-

jez que ya se acerca: pero como os canozco á entrambos mejor que vosotros me conocéis, es justo igualar las cosas, y puesto que nada tenéis secreto para mí, no quiero tenerle yo para vosotros, aunque nada interesante que decirnos tengo.

Revelónos entonces el misterio de su nacimiento que hasta aquí solo mi padre sabia. Cuando tú le sepas comprenderás hasta que punto llegan la sangre fría y la moderacion de un hombre que por espacio de seis años ha podido callar semejante secreto á su muger; pero este no es para él de importancia ninguna, y piensa en él tan poco, que no ha tenido esfuerzos que hacer para no descubrirle.

No detendré á V., me dijo, con la narracion de los sucesos de mi vida, me nos puede importarles el saber mis aventuras que mi caracter. Aquellas son tan uniformes como este, y en sabiendo bien lo que soy comprenderán Vds. con facilidad lo que he podido hacer. Naturalmente tengo sosegada el alma, y frío el corazon, soy uno de aquellos hombres á quienes creen que les han dieho una grave injuria con decirles que nada sienten, esto es que no tienen pasiones que los desvien del camino recto que debe seguir el hombre. Como siento poco el deleite y el dolor, es en mi muy debil aquel afecto de interes y humanidad que nos hace propias las afecciones ajenas. Si me da pena el ver padecer á los hombres de bien, no es por motivo de compasion, porque ninguna siento cuando veo padecer á los malos. Mi unico principio activo es el natural amor del orden; y como una hermosa simetria en un cuadro, ó como un drama bien hilado en el teatro, lo mismo exactamente me agrada el concurso bien combinado del juego de la fortuna con las acciones humanas. Si alguna pasion dominante tengo es la de observar. Me complazco en descifrar el corazon de los hombres; y como me ofrece pocas ilusiones el mio, como observo sin interes y con sangre fría, y como me ha hecho sagaz una dilatada experiencia, rara vez me equivoque en mis juicios: esa es toda la recompensa de mi amor propio en mis continuos estudios, por-

que no gusto de representar papel, sino de versele representar á los otros; y me agrada la sociedad para contemplarla, y no para hacer parte de ella. Si pudiera mandar la naturaleza de mi ser, y convertirme en un ojo vivo, de buena voluntad haria este cambio. De suerte que mi indiferencia para con los hombres no me hace independiente de ellos; sin curarme de que me vean, necesito yo verlos, y siu amarlos son para mí necesarios.

Los dos primeros estados de la sociedad que tuve ocasion de observar fueron los palaciegos y los lacayos, dos clases de hombres que menos en la realidad que en la apariencia se diferencian, y que merecen tan poco ser estudiados, y son tan faciles de conocer, que á poco estudio me fastidié de ellos. Abandonando palacios, donde muy en breve está todo visto, evité sin pensar el riesgo que en él me amenazaba, y de que no hubiera podido librarme. Mudé de nombre, y queriendo conocer á los militares fui á servir á un príncipe extranjero, entonces tuve la dicha de ser útil á tu padre, que desesperado por haber dado la muerte á su amigo se esponia temerariamente, faltando á su obligacion. Desde esta época el sensible y reconocido corazon de este oficial empezó á hacerme formar mejor opinion del genero humano. Se estrechó conmigo con una amistad á que no me fue posible rehusar la mia, y desde esta época no hemos cesado de mantener conexiones que de dia en dia se hacian mas intimas. En mi nueva condicion conocí que no era el interes, como yo pensaba, unico móvil de las acciones humanas, y que en el tropel de preocupaciones contrarias á la virtud, tambien hay algunas que le son favorables. Comprendí que el caracter general del hombre es un amor propio, indiferente en sí, bueno ó malo segun los accidentes que le modifican, y que penden de los usos, las leyes, la gerarquía, el caudal, y toda nuestra potencia humana. Entregueme pues á mi profesion, y despreciando la vana opinion de las condiciones, exercité sucesivamente los diversos estados que me podian servir para compararlos todos y conocer los unos

por otros. Convencido, como lo ha notado V. en una carta suya, le dijo á San Preux, de que nada ve el que se contenta con mirar, y de que para ver obrar á los hombres es menester que uno propio obre, me hice actor para ser espectador. Siempre es facil bajar: probé una muchedumbre de oficios que jamas hombre de mi clase pensó en exercitar: fui tambien labrador, y cuando me hizo Julia mozo de jardinero no me encontró tan novicio en la profesion, como hubiera podido presumirselo.

Con el verdadero conocimiento de los hombres, cuyas apariencias solas da la filosofia ociosa, hallé otra utilidad que no habia esperado, que fue afilar mas con la vida activa el amor del orden que de la naturaleza he recibido, y coger nueva aficion al bien por el gusto de contribuir á él. Hizome este efecto algo menos contemplativo, me unió un poco mas conmigo propio, y por una consecuencia bastante natural de este progreso conocí que estaba solo. La soledad que siempre me habia fastidiado se me hacia horrorosa, y no podia tener esperanzas de evitarla mucho tiempo. Sin haber perdido mi frialdad necesitaba alguien con quien estrecharme; la imagen de la decrepitud sin consuelo me afligia antes de tiempo, y por vez primera en mi vida sentí desasosiego y tristeza. Hablé de mi sentimiento al baron de Etange. Es menester, me dijo, no envejecer soltero. Yo mismo despues de haber en los vinculos del matrimonio vivido casi independiente, siento la necesidad de volver á ser esposo y padre, y me voy á retirar al seno de mi familia. De V. pende que sea la suya, restituyendome el hijo que he perdido. Tengo una hija unica por casar, no le falta merito; tiene un pecho sensible, y el amor de su obligacion hace que ame todo lo que con ella tiene conexion. No es ni una beldad, ni un portento de inteligencia; pero venga V. á verla, y crea que si ningun cariño á ella siente, nunca le sentirá á ninguna en el mundo. Vine, te vi, Julia, y hallé que se habia quedado muy atras de la verdad tu padre. Tus rebatos, tus lagrimas de

gozo al abrazarle me causaron la primera y acaso la única emoción que en mi vida he experimentado. Si fué ligera esta impresión era la única, y la fuerza que para obrar necesitan los afectos es proporcional á la de los que les resisten. En tres años de ausencia no hubo mudanza en el estado de mi corazón: cuando volví no se me escondió el estado del tuyo, y aquí es menester que te venga de una confesión que tanto te ha costado. Considera, querida, con que paso tan extraño supe entonces que le habian sido revelados todos mis secretos antes de mi casamiento, y que se había desposado conmigo, sabiendo que era yo de otro.

Esta conducta era indisciplinable, continuó el señor de Wolmar: ofendía yo la delicadeza, pecaba contra la prudencia, arriesgaba el honor tuyo y el mio, y debía temer que ambos nos despeñásemos en irremediables desdichas, pero te amaba, no amaba otra cosa, y todo lo demás era para mí indiferente. ¿Como ha de reprimirse una pasión, aunque sea flaca, cuando no tiene contrapeso? Este es el inconveniente de los caracteres fríos y sosegados; todo va bien mientras que los preserva su frialdad de las tentaciones, pero si sobreviene una que los embista en un punto son acometidos y vencidos, y la razón que gobierna cuando está sola no tiene nunca fuerzas para resistir al menor esfuerzo. Una vez sola he sido yo tentado, y me he rendido; si la embriaguez de alguna otra pasión me hubiera hecho otra vez vacilar hubiera dado tantas caídas cuantos tropiezos hubiera topado. Solo las almas de fuego saben pelear y vencer; todos los esfuerzos denodados, todas las acciones sublimes son efecto suyo; nunca obró la fría razón cosa que ilustre fuese; y solo se triunfa de las pasiones oponiéndolas una á otra. Cuando llega á suscitarse la de la virtud, domina sola, y todo lo mantiene en equilibrio. Así se forma el verdadero sabio, que no está mas que otro cualquiera inmune de pasiones, pero que es el único que con ellas mismas sabe vencerlas, así como el piloto adelantá con vientos contrarios.

Ya ves que no pretendo atenuar mi culpa, si hubiera sido una la hubiera cometido infaliblemente; pero, Julia, te conocía y no lo fué el casarme contigo. Ví que de tí sola pendía toda la felicidad que podía yo gozar, y que si alguien era capaz de hacerte feliz á ti era yo. Sabía que eran necesarias para tu corazón la inocencia y la paz; que el amor que te llenaba no se las daría nunca, y que solo el horror del delito podía ahogar el amor. Ví que se hallaba tu alma en un entorpecimiento de que solamente con una nueva lid saldría, y que la íntima conciencia de la estimación que aun podías merecer era la única cosa que todavía te podía hacer estimable.

Tu corazón estaba exhausto para el amor; así estimé que nada significaba una desproporción de edad que no me dejaba derecho para aspirar á un afecto que no podía disfrutar aquel que era su objeto, y que no era posible que ninguna otro se grangease. Viendo por el contrario que en una vida que ya había llegado á mas de la mitad de su carrera esta inclinación sola había yo sentido, juzgué que sería duradera, y fué mi complacencia dedicar á ella lo restante de mi vida. Nada en mis largas investigaciones había hallado que valiese lo que tú; pensé que otra ninguna en el mundo podría hacer lo que tú no hicieras; me atreví á no fiarme de la virtud, y me casé contigo. No extrañé que me escondieses el misterio que ocultabas; sabía las razones que para ello tenías, y tu prudente conducta me describía la razón por la cual perseverabas en callar. Contemplando contigo íntimamente tu reserva, y no quise privarte del honor de que me hicieras un día espontáneamente una confesión que cada instante veía que se te quería salir del pecho. En nada me he engañado, y he cumplido todo cuanto de tí me habia prometido. Cuando quise elegir esposa deseaba encontrar en ella una compañera amable, prudente y feliz. Cumplidos están mis dos primeros deseos; he aquí, espero que el tercero no nos fallará.

Al oír estas palabras, no obstante lo

do cuanto me esforzaba para no interrumpirle como no fuese con mis llantos, no pude menos de arrojarle á su cuello, exclamando; querido esposo mio; tú, el mejor y el mas amado de los hombres, dime que es lo que falta para mi felicidad, sino la tuya, y merecerla yo mas bien... Tú eres tan feliz como es posible serlo, y lo mereces, dijo interrumpiendome, pero ya es tiempo de disfrutar en paz de una dicha que hasta aqui tantas penas te ha costado. Si hubiera bastado tu fidelidad para mi todo estaba acabado desde el punto que me la prometiste, pero he querido además que fuera fácil y suave para ti, y en hacerla tal nos hemos ocupado entrambos de comun acuerdo sin decirnoslo. Julia, mucho mejor lo hemos conseguido de lo que tú acaso piensas. El único defecto que en tí hallo es que no hayas vuelto á tener en tí la confianza que debes, y que te estimes en menos de lo que valés. No menos que en la arrogancia hay riesgos en la demasiada modestia. Así como una temeridad que nos incita á que acometamos empresas que exceden á nuestras fuerzas las hace ineficaces, el miedo que nos impide contar con ellos las torna inútiles. Consiste la verdadera prudencia en conocerlas bien, y en servirse de ellas. Con la mudanza de estado las has cobrado nuevas. Ya no eres aquella doncella desventurada que lloraba su flaqueza dejándose arrastrar de ella; que eres la mas virtuosa de las mugeres que no conoce otras leyes que las de la obligación y el honor, y á quien la memoria sobrado viva de sus culpas es la única que reprenderse en ella pueda. Lejos de tomar contra tí propia injurias precauciones, aprende á contar contigo para contar cada dia mas. Remueve de tí injustas desconfianzas que á veces pudieran excitar los afectos de que se originan, y tomate mas antes el parabien de que supiste elegir á un hombre de bien en edad que tan fácil es engañarse, y por haber escogido en otro tiempo amante acreedor á ser hoy tu amigo á vista de tu propio marido. Apenas supe vuestra mutua amistad, cuando

os estimé á uno por otro. Conoci el fálaz entusiasmo que á entrambos os habia descarrado, que solo en las nobles almas tiene eficacia, y si alguna vez las pierde es por un aliciente que solo á ellas seduce. Colegí que el mismo gusto que habia formado vuestra union la disolveria, así que fuese culpada, y que el vicio podia introducirse, mas no arraigarse en corazones como los vuestros. Me convencí entonces de que reinaban entre vosotros lazos que no se debían romper; que estaba vuestro reciproco afecto conexas con tantas cosas loables, que mas convenia arreglarle que anonadarle, y que no podia ninguno de los dos olvidarse del otro sin perder mucha parte de su valor. Sabia que las tremendas batallas no hacen otra cosa que inflamar las violentas pasiones, y que si los excesivos esfuerzos ejercitan el alma, le cuestan tormentos cuya duración puede abatirla. Hice uso de la dulzura de Julia para templar su severidad. Mantuve su amistad á V., le dije á San Preux, quité de ella lo excesivo que podia haber y creo que le he conservado á V. mas de lo que le hubiera dejado ella de su corazón, si le hubiera yo abandonado á sí propio.

Anímome el feliz logro de mis proyectos, y quise probar la cura de V. así como habia conseguido la suya, porque le estimaba; y no obstante las preocupaciones del vicio, siempre he visto que no hay cosa buena ninguna que de las elevadas almas con la ingenuidad y la confianza no se alcance. Le he visto á V., y no me ha engañado ni me engañará; y aunque no sea aun lo que debe ser, le callo mas de lo que piensa, y estoy mas satisfecho con V. que V. propio. Bien sé que mi conducta parece extraña y opuesta á todas las maximas vulgares; pero las maximas son menos generales á medida que mas bien se describan los corazones, y no debe conducirse el marido de Julia como otro hombre. Hijos míos, nos dijo con tono tanto mas afectuoso cuanto procedía de un hombre tranquilo, sed lo que sois, y todos viviremos satisfechos. Solo en la opinión está el peligro, no temais nada de vosotros

y nada tendréis que temer; no penseis mas que en lo presente, y yo respondo de lo venidero. No puedo deciros mas por hoy, pero si salgo con mis proyectos, y no me engañan mis esperanzas, y mas fausto será nuestro destino, y seréis ambos mas felices que si hubierais sido uno de otro.

Se levantó, nos abrazó, y quiso que nos abrazáramos tambien en este sitio... en este mismo sitio donde otro tiempo... Clara, mi buena Clara, ¡cuanto me has querido siempre! No puse reparo ninguno, ¡ay, que mal hubiera hecho en ponerle! en nada se pareció este beso al que tan temible me habia hecho el bosquecillo; me di un triste parabien, y conocí que estaba mas mudado mi corazón de lo que hasta entonces habia pensado.

Cuando nos volviamos á casa, me cogió mi marido de la mano, y enseñandome el bosquecillo de donde saliamos, me dijo riendose: Julia, no temas de hoy mas ese asilo, que acaba de ser profanado. Tú no me quieres creer, prima, pero te juro que tiene un don sobrenatural para desentrañar lo que hay en lo mas recóndito del corazón: ¡consérvese siempre el cielo! con tantos motivos para despreciarme, sin duda que á este arte debo yo su indulgencia.

Hasta aqui no ves que haya consejo quearme; paciencia, angel mio, ya llegaremos, pero era necesaria la conversacion que acabo de contarte para hacerte cargo de lo restante.

Cuando nos volviamos, mi marido á quien estan esperando mucho tiempo hace en Etange, me dijo que pensaba hacer mañana este viaje que te veria de paso, y que se detendria cinco ó seis dias. Sin decirle todo lo que pensaba de una ausencia tan fuera de sazón, le representé que no me parecia tan indispensable que pudiera obligar al señor de Wolmar á dejar á un huésped á quien él propio habia brindado con su casa. ¿Quieres, replicó, que le trate con ceremonia para advertirle que no está en la suya? Yo soy partidario de la hospitalidad de los Valaisanos, y espero que encuentre aqui su ingenuidad y nos

deje su libertad. Viendo que no me queria entender tomé otro sesgo, y procuré insinuar á nuestro huésped que le acompañase á este viaje, verá V., le dije, una habitacion que tiene cosas hermosas, y de las que á V. le gustan, visitará el patrimonio de mis padres y el mio, y el interes que en mi tiene no me permite creer que le sea indiferente esta visita. Ya habia abierto la boca para decirle que se parecia esta quinta á la de milord Eduardo, que... pero tuve por fortuna tiempo de mordirme la lengua. Respondiome llanamente que tenia razon, y que haria lo que yo quisiese. Pero el señor de Wolmar, que al parecer queria sacarme de mis castillas, le replicó que debia haer lo que á él le acomodase. ¿Que quiere V. mas, venir ó quedarse? Quedarme, dijo sin vacilar un instante. Norabuena, quédese V. replicó mi marido, apretandole la mano. Hombre ingenio y honrado; muy satisfecho estoy con esta respuesta. No habia medio de alterar mucho delante del testigo que nos escuchaba. Calle, y no pude esconder de modo mi desazon que no la conociese mi marido. ¿Pues que, me dijo con semblante disgustado, en un momento que se habia desviado de nosotros San Preux, habré yo hecho un inútil alegato de tu causa en favor de ti misma? y se contenta la señora de Wolmar con una virtud que necesita escoger las ocasiones? Yo por mi soy mas mal contentadizo; quiero deber la fidelidad de mi muger á su corazón y no al acaso; y no me basta con que me guarden fe, sino que me ofende que dude de ella.

Llevónos despues á su gabinete, donde pensé no volver en mi del pasado cuando le vi sacar un cajon con las copias de algunas relaciones de nuestro amigo que yo le habia dado, los mismos originales de todas sus cartas, que creia yo que habia visto á Babí quemarlas en el cuarto de mi madre. Aqui estan, me dijo enseñandonoslas, los cementos de mi confianza; si me engañasen fuera un desvario contar con nada de cuanto respetan los hombres. Entregó el depósito de mi muger y mi honor

á aquella que soltera y seducida prefirió una accion de beneficencia á una cita única y segura; fió á Julia esposa y madre de aquel que, pudiendo contentar sus gustos, supo respetar á Julia soltera y enamorada. Aquel de vosotros dos que se desprecie á sí propio lo bastante para pensar que hago mal, digalo y me retracto al instante. ¿Prima, crees que fuera facil responder á esta interpelacion?

Sin embargo esta tarde he llamado un instante aparte á mi marido, y sin meterme en argumentos que no me era licito seguir mucho, me he ceñido á pedirle un plazo de dos dias, que me ha otorgado al instante, y los empleo en enviarte este propio, y aguardar tu respuesta para saber lo que debo hacer.

Bien sé que me basta con rogar á mi marido que no se vaya, y quien nunca cosa ninguna me ha negado no me negará favor tan de corta entidad. Pero, querida, veo que tiene gusto en la confianza que me manifiesta, y me temo perder parte de su estimacion, si cree que necesito mas reserva de la que él me permite. Tambien sé que con decir una palabra á San Preux no titubeará en acompañarle; ¿pero no lo conocerá mi marido? y puedo yo dar este paso sin conservar con San Preux cierto viso de autoridad que tendria apariencia de dejarle algunos derechos? Por otra parte, recelo que de esta precaucion colija que la reputo necesaria, y este medio que á primera vista parece el mas facil es acaso de hecho el mas arriesgado. Finalmente no ignoro que consideracion ninguna puede contrapesar un peligro real; ¿pero hay efectivamente ese peligro? Esta es justamente la duda que tú has de resolver.

Cuanto mas quiero sondear el presente estado de mi alma, mas motivos encuentro de confianza. Mi corazón está puro, tranquila mi conciencia, no siento turbacion ni temor en todo cuanto en mi sucede, no me cuesta la sinceridad con mi marido esfuerzo ninguno. No quiere esto decir que ciertas memorias involuntarias no esciten de cuando en cuando en mi una ternera de que va-

liera mas vivir exenta; pero lejos de que nazcan aquellas con la vista de quien las ha causado, me parecen mas raras desde su regreso, y aunque sea verle para mi muy grato, lo es mas pensar en él; en una palabra hallo que ni siquiera necesito para tener sosiego en su presencia el auxilio de la virtud, y que los afectos que ha destruido esta renacerian con suma dificultad aun cuando no existiese el horror del delito.

¿Pero, angel mio, basta con que viva confiado mi corazón, si me debe atemorizar la razon? Yo he perdido el derecho á contar conmigo. ¿Quien me responderá de que no sea todavía mi confianza ilusion del vicio? Como me he de fiar de afectos que tantas veces me han engañado? no empieza siempre el delito por la soberbia que hace que se desprecie la tentacion y arrostrar peligros á que una se ha reuido no es quererse rendir otra vez?

Pesa todas estas consideraciones, prima, y verás que aun cuando en si propias fuesen vanas, por su objeto son de suficiente gravedad para merecer que sean atendidas, y sacame de la incertidumbre en que me tienen. Indícame como he de conducirme en este delicado lance; porque mis pasados errores han alterado mi discernimiento, y me han dejado muy medrosa para resolverme en semejantes cosas. Piensa como quieras de ti misma, yo estoy cierta de que está serena y sosegada tu alma, y de que se representan en ella los objetos como son; pero la mia, perturbada siempre como la onda agitada, los confunde y designa. No me atrevo ya á fiarme de nada de cuanto veo y cuanto siento, y á despecho de tan largo arreperimento reconozco con dolor que el peso de una antigua culpa es una carga que abruma toda su vida al culpado.

CARTA XIII.

RESPUESTA DE LA SEÑORA DE OREB
A LA SEÑORA DE WOLMAR.

¡POBRE prima, que de tormentos te das sin cesar á ti propia, con tantos motivos para vivir en paz! Todos tus

males provienen de ti, Israel. Si siguieras tus propias reglas, que en las cosas de afectos solo la voz interior escucharas, y que impusiera tu corazón silencio à la razón, te entregarías sin escrupulo à la confianza que él te inspira, y no te afanarías à temer contra su testimonio un peligro que solo de él puede venir.

Te entiendo, si, bien te entiendo, Julia mia: mas segura de ti de lo que finges, te quieres humillar por tus pasadas culpas, con pretexto de precaverte de otras nuevas, y tus escrupulos no tanto son precauciones para lo venidero, como penitencia que te impones por la temeridad que te perdió en otro tiempo. Compara los tiempos, ¿que idea! compara tambien los estados, y acuerdate de que reprehendia entonces yo tu confianza, como ahora reprendo tus temores.

Te engañas, querida niña mia, nadie se deslumbra à sí propio; si es posible que nos atolondremos acerca de nuestro estado no pensando en él, le vemos como él es, así que nos examinamos, y nadie se encubre sus virtudes no mas que sus vicios. Tu dulzura y tu devoción te han dado cierta propensión à la humildad. Desconfía de esa peligrosa virtud que no hace mas que concentrar el amor propio para animarle, y cree que vale mas la noble ingenuidad de una alma recta que la soberbia de los humildes. Si es necesaria la templanza en el recato, tambien se necesita en las precauciones que este aconseja, no sea que medidas ignominiosas para la virtud envilezcan el alma, y realicen un peligro quimérico, à poder de atemorizarlos con él. ¿No ves que despues de haberse levantado de una caída es menester tenerse en pie, y que ladearse à la parte contraria es infalible medio de volver à caer? Prima, tu fuiste amante como Heloisa, ahora eres devota como ella: ¡plegue à Dios que con mas fruto sea! De veras que si menos conocido tuviera tu desahiento natural, serian capaces tus temores de ponerte susto à mí tambien; y si tan escrupulosa fuera yo, à poder de temblar por tí me hicieras temblar por mí misma.

Piénsalo bien, amable amiga mia: ¿tú

cuya moral tan dulce y facil es como honesta y pura, no profesas acerca de la separacion de los sexos maximas de una acerba aspereza, y que de tu caracter desdicen? Convento contigo en que no deben vivir juntos ni del mismo modo, pero mira si no necesitaria esta importante regla muchas distinciones en la practica, si debe aplicarse indistintamente y sin escepcion à casadas y à solteras, à la sociedad general y à las conversaciones privadas, à los negocios y à las diversiones, y si no deben temblar alguna vez la decencia y la honestidad que la han dictado. Quieres que en un pais de buenas costumbres, donde para los matrimonios se apetece consanancias naturales haya asambleas, donde puedan verse, conocerse, y ponerse en armonia la gente moza de ambos sexos, pero con mucho motivo les prohibes toda conferencia privada. ¿No deberia ser todo lo contrario respecto à las casadas y las madres de familias que no pueden tener interes legitimo ninguno para manifestarse en publico, à quienes tambien en lo interior de sus hogares las ocupaciones domesticas, y que à nada deben negarse de cuanto es propio de una señora de su casa? No gustara yo de verte en tus atarazanas dando à gustar tus vinos à los traginantes, ni que dejases à tus hijos para ir à ajustar cuentas con un banquero; pero, ¿si viene un hombre de bien à ver à tu marido à à tratar con él un asunto, te negarás à recibir à su huésped en ausencia suya, y à ofrecerle tu casa, por temor de hallarte à solas con él? Sube al principio y se explicarán todas las reglas. ¿Pueden que pensamos que deben vivir las mujeres retiradas y separadas de los hombres? haremos à nuestro sexo la injuria de erer que sea por motivos sacados de su flaqueza, y solamente por evitar el riesgo de las tentaciones? No, querida, tan soeces temores desdicen de una mujer de bien, de una madre de familias sin cesar cercada de objetos que manifiestan en ella los afectos de honor, y entregada à las mas respetables obligaciones de la naturaleza.

Lo que de los hombres nos separa es

la misma naturaleza, que nos prescribe ocupaciones distintas; es aquella dulce y temerosa modestia que justamente sin pensar en la castidad es su mas segura guarda; es aquella cuidadosa y alienante reserva, que manteniendo en los corazones de los hombres de consumo los deseos y el respeto, es, por decirlo así, el tocado de la virtud. Por eso no estan exceptuados de la regla ni los mismos esposos; por eso las casadas mas honestas, generalmente hablando, conservan mas ascendiente con sus maridos, porque con el auxilio de esta prudente y juiciosa reserva sin antojos ni repulsas, saben en el seno de la union mas tierna tenerlos à cierta distancia, y les impiden que se sacien nunca de ellas. Conventrás conmigo en que es tu precepto muy general para no admitir escepciones que no estando fundado en una rigorosa obligacion, el mismo bien parecer que le ha establecido puede alguna vez dispensarle.

La circunspeccion que en tus pasados yerros fundas es injuriosa à tu estado presente; nunca se la perdonaria à tu corazón, y apenas si puedo perdonarsela à tu razon. ¿Como no ha podido preservarte de un miedo ignominioso el muro que tu persona defiende? como puede ser que mi prima, mi hermana, mi amiga, mi Julia, confunda con las infidelidades de una casada delincuente las flaquezas de una soltera en demasia sensible? Mira en torno de tí; no veras nada que no deba enaltecer y sustentar tu alma. Tu marido que tanto de tí presume, y cuya estimacion tienes que justificar; tus hijos, que educar en la virtud quieres, y que un dia se gloriarán de que hayas sido tu madre; tu venerable padre que tanto amas, que se goza en tu felicidad, mas ufano con su hija que con sus abuelos; tu amiga cuya suerte de la tuya pende, y à quien debes dar cuenta de una conversion à que contribuyó; su hija que en tí ha de tomar ejemplo de las virtudes que quieres inspirarle; tu amigo, mas idolatra cien veces de las tuyas que de tu persona, y que todavia mas que tu le temes te respeta; tú propia finalmente que en tu ho-

nestidad la paga de los afanes que te ha costado encuentras, y que nunca queraras perder en un instante el fruto de tantas penas. ¿Cuántos motivos idoneos para alentar tu denuedo te deben avergonzar de ser osada à desconfiar de tí propia! ¿Pero para responder de mí Julia, necesito acaso considerar lo que es? Basta con saber lo que fué aun en el tiempo de los errores de que se lamenta. Ah! si alguna vez hubiera sido capaz de infidelidad tu corazón te permitria que siempre la temieses; pero en aquel mismo instante que desde lejos contemplarla creias, mira que horror te hubiera causado presente, pues que tanto te inspiró cuando pensar en ella hubiera sido cometerla.

Me aenredo del asombro con que suponimos en otro tiempo que hay países donde la flaqueza de una moza enamorada es un delito irremisible, aunque al adulterio de una muger le llamen con el suave nombre de galateo, y donde se resarcen à cara descubierta, cuando casadas, de la cifra sujecion en que vivieron de solteras. Sé las maximas que sobre este punto reinan en las cortes donde la virtud nada significa, donde todo es una apariencia vana, donde se borran los delitos con la dificultad de probarlos, y donde la misma prueba es ridicula contra el estilo que los autoriza. Pero tú, Julia, que ardiendo en una fiel y pura llama solo à los ojos de los hombres eras culpada, y de nada tenias que acusarte à la faz del cielo; tú que en medio de tus culpas te dabas à respetar; tú que abandonada à un desconuelo impotente nos forzabas à adorar hasta las virtudes que habias perdido; tú que te indignabas de tu propio desprecio; cuando parecia que todo te disculpaba: ¿te atreves à temer un delito habiendo pagado tan cara tu flaqueza? te atreves à tener miedo de que valgas menos hoy que en tiempos que tantos llantos te han costado? No, querida; lejos de que deban asustarte tus antiguos extravios deben darte mayor animo; arrepentimiento tan amargo no conduce al remordimiento, y quien tanto siente la vergüenza no sabe arrostrar la infamia.

Si una vez tuvo una alma flaca, arrimos contra su flaqueza son los que à ti se ofrecen; y si una alma fuerte se pudo una vez sustentar por sí propia, que apoyo necesita la tuya? Dime cuales son tus motivos prudentes de temor. Toda tu vida no ha sido otra cosa que una pelea continua, en que aun despues de tu vencimiento no han cesado de resistirse la obligacion y el honor, hasta que al cabo han triunfado. Ah, Julia! ¿he de creer que despues de tantos duelos y tormentos, doce años de llanto y seis de gloria no te hayan dado fuerza para una prueba de ocho dias? En dos palabras, sé sincera contigo propia; si hay peligro, libra tu persona y sonrojate de tu corazon; sino le hay, es agraviar tu corazon y afrontar tu virtud temer un riesgo imaginario. ¿Ignoras que hay tentaciones afrentosas, que nunca en un pecho honesto tienen cabida, que hasta vergüenza fuera vencerlas, y que las precauciones que contra ellas se toman no tanto humillan como envilecen?

No pretendo que sean sin réplica mis razones, sino solo hacerte ver que las hay contrarias à las tuyas, y esto basta para autorizar mi dictamen. No sigas ni à ti, que no sabes hacerte justicia, ni à mí que en tus defectos nunca he visto mas que tu corazon, y siempre te he adorado, sino à tu marido que te ve como eres, y te juzga exactamente segun tu merito. Propensa como todas las personas sensibles à juzgar mal de las que no lo son, desconfiaba yo de su penetracion en los secretos de los pechos tiernos; pero desde la llegada de nuestro caminante veo que descifra muy bien los vuestros, y que no se encubre ni siquiera uno de los movimientos que en ellos se escitan à sus observaciones, y hallo que son estas tan atinadas y tan agudas, que casi he cejado al otro estremo de mi opinion anterior, y creeria sin dificultad que los sugetos frios, que mas consultan sus ojos que su corazon, hacen mas acertado juicio de las agenas pasiones, que las personas petulantes y vivas, ó vanas como yo, que empiezan siempre sustituyéndose à los otros, y nunca saben ver otra cosa que lo que sienten ellas. Sea

como fuere, el señor de Wolmar te conoce, te estima, te quiere, y está enlazada su suerte con la tuya; ¿pues que le falta para que fies de él la entera direccion de tu conducta, cuando temes engañarte? Acaso sintiendo que se le acerca la vejez quiere con pruebas capaces de infundirle confianza, precaverse de las zelosas inquietudes que de ordinario inspira una muger moza à un marido viejo; acaso requieren las intenciones que tiene que puedas tú vivir en la intimidad con tu amigo, sin asustar ni à tu esposo ni à ti propia; acaso solo quiere darte una prenda de estimacion y confianza digna de aquella en que te tiene. Nunca debemos negarnos à semejantes afectos, como si no pudiéramos llevar su peso; y en una palabra, yo por mi soy de dictamen que no puedes de mejor modo cumplir con la prudencia y la modestia que dejandote guiar en todo por sus leyes y su ternera.

¿Quieres sin disgustar al señor de Wolmar castigarte de una soberbia que nunca has tenido, y preservarte de un peligro que ya no existe? Cuando le hayas quedado sola con el filosofo, toma contra él todas las precauciones superfluas que en otro tiempo te hubieran sido tan necesarias; sujetate à tanta reserva como si con tu virtud pudieras todavía desconfiar de tu corazon y del suyo; evita las conversaciones en demasia cariñosas; las tiernas memorias del tiempo pasado; interrumpe ó no tengas largas conferencias à solas, no apartes de ti à tus hijos; no te halles mucho sola con él ni en tu cuarto, ni en el Elisio, ni en el bosquecillo, no obstante la profanacion: sobre todo toma estas medidas de un modo tan natural que parezcan efecto del acaso, y que no pueda él imaginarse un instante que le temes. Tú gustas de pasearte embarcada, y te privas de esta diversion à causa de tu marido que teme el agua, y de tus hijos que no quieres esponer; apróchate de esta ausencia para tomar este pasatiempo, dejando à tus hijos en guarda de la Paca. Este es el medio de abandonararte sin riesgo à los dulces desahogos de la amistad, y disfrutar en paz de

una larga conversacion à solas; bajo la proteccion de los barqueros que tienen ojos y no oidos, y de los cuales no es posible desviarse antes de pensar en lo que se hace.

Tambien me ocurre una idea que à muchos les haria reir, pero que estoy cierta que à ti te agradará, y es hacer, mientras está ausente tu marido, un diario puntual para enseñarse cuando vuelva, y en todas las conversaciones acordarte de que se han de insertar en el diario. Verdad es que no creo que fuese provechoso semejante medio para muchas mugeres; pero un pecho ingenioso y que no es capaz de mala fe tiene contra el vicio muchos recursos que à los otros les faltan. Nada de cuanto para mantener la pureza sirve es despreciable, y las precauciones mas pequeñas son las que las grandes virtudes conservan.

En cuanto à lo demas, una vez que le de verse conmigo tu marido, espero que me diga las verdaderas causas de su viaje, y si encuentro que no sean valideras le disuadiré de que le concluya, ó de cualquier modo que suceda, haré yo lo que él no quiera hacer; puedes contar con ello. Entretanto ya piensa que tienes mas de lo que es menester para cobrar animo y resistir à una prueba de ocho dias. Vamos, Julia mia, sobrado bien te conozco para no responder de tí, tanto como de mí misma, y mas todavía. Siempre serás lo que debes y quierés ser. Aun cuando te abandonases à sola la honestidad de tu corazon nada arriesgarías, porque yo no creo en los vencimientos inopinados; es en balde disfraczar con el vano nombre de flaqueza culpas que siempre son voluntarias; nunca se ha rendido muger que no haya querido rendirse, y si pensara que te podia amenazar semejante suerte, creeme, cree en mi tierna amistad, cree en todos los afectos que pueden nacer en el corazon de tu pobre Clara, tendria sobrado sensible interes

en preservarte para que à ti sola te abandonara.

Poco extraño lo que te ha declarado el señor de Wolmar acerca de las noticias que tenia antes de tu casamiento; ya sabes que siempre me lo he sospechado, y mas te diré que no se han cenido mis sospechas à las imprudencias de Babi. Nunca he podido creer que un hombre recto y formal como tu padre, y que quando ménos habia formado sospechas se pudiese resolver à engañar à su yerno y su amigo; y si exigia de tí con tanto ahinco el secreto, consiste en que era muy distinto el modo de revelarle de su parte que de la tuya, y que sin duda queria dar à esto un giro que chocase ménos al señor de Wolmar, que el que sabia que le darías tú. Pero es menester que despache à tu propio: de todo esto hablaremos mas despacio dentro de un mes.

A Dios, primita, bastante he predicado ya à la predicadora; vuelve à tu antiguo oficio, que hay motivo. Estoy toda inquieta porque aun no estoy contigo. Todos mis negocios los enredo con la priesa que à despacharlos me doy, y casi no sé lo que me hago. Ah, Chaillot! Chaillot!... Si no fuera yo tan loca!... pero espero que siempre lo seré.

P. D. Ahora que caigo; se me olvidaba dar la enhorabuena à tu alteza. Dime por tu vida; ¿tu serenísimo marido es Attéman, Knes, ó Boyardo? Yo por mi creeré que echo porvidas si te he de llamar la señora Boyarda (1): pobre muchacha! tú que tanto has llorado por haber nacido señora; mira si eres poco afortunada con encontrarte muger de un principe. No obstante, aquí para entre las dos, para dama de tanto cõpete hallo que tus temores son algo plebeyos. ¿No sabes que los mezquinos escrupulos solo convienen al pueblo menudo, y que todo el mundo se rie de un hombre de buena familia que se pretende hijo de su padre!

(1) Sin duda que no sabia la señora de Orbé que efectivamente los dos primeros son titulos de distincion, pero que un boyardo es un mero hidalgo.

CARTA XIV.

DEL SEÑOR DE WOLMAR A LA SEÑORA DE ORBE.

SALGO para Etange, primita: me habia propuesto ver à V. à la ida, pero una detencion cuya causa es V. me precisa à llevar mas prisa, y quiero mas pasar à la vuelta la noche en Lausana, para estar algunas horas mas con V. Asi como tengo que consultar à V. acerca de varias cosas, de que será bueno hablarle de antemano para que tenga tiempo de meditarlo, antes de decirme su parecer.

No he querido esplicar à V. mi proyecto acerca del mozo, antes que hubiera confirmado la buena idea que de él habia concebido. Creo que estoy yo bastante seguro de él para confiar à V. entre los dos, que este proyecto es el de encargarle de la educacion de mis hijos. No ignoro que esta importante tarea es la obligacion principal de un padre; pero cuando fuere tiempo de desempeñarlo, tendré yo sobrada edad para salir con esta empresa; y con mi genio sosegado y contemplativo, siempre tuve muy poca actividad para poder regular la de la mocedad. Ademas de que por la razon que V. sabe (1), no veria sin inquietud Julia que me encargase yo de una funcion que con dificultad desempeñaria à su gusto: y como por otras mil razones su sexo de Vds. no es idoneo para estas mismas tareas, toda la ocupacion de su madre será educar bien à su Henrieta; yo la destino à V. para el gobierno de casa, conforme al plan que hallarà establecido, y que ha aprobado; y mi suerte será la de ver à tres personas virtuosas concurrir à la felicidad de mi casa, y disfrutar en mi vejez un sosiego que será obra suya.

Siempre he visto que mi muger tendria suma repugnancia en fiar à sus hijos de manos mercenarias, y no he podido menos de aprobar sus escrúpulos. Requiere el respetable estado de preceptor tanto

(1) Esta razon no la sabe todavía el lector, pero le rogamos que tenga paciencia.

talento, que no se puede pagar, y tantas virtudes que no son venales, que es cosa inutil buscar nno con dinero. No solo un hombre de sublime ingenio se puede esperar que se hallen las luces de un maestro; solo al mas tierno amigo puede inspirarle su corazon el celo de padre, y ni se halla el ingenio de ventaja, ni mucho menos la fina amistad.

Me ha parecido que, su amigo de V. reunia todas las preudas necesarias, y si he conocido bien su alma no imagino que haya para él felicidad mayor que la de labrar en estos hijos queridos la de su madre. El unico obstaculo que pueda prevenir es su afecto à milord Eduardo, que con dificultad le permitirá desprenderse de un amigo tan amado; y à quien tantas obligaciones debe, à menos que el mismo Eduardo lo exija. Presto esperamos à este hombre extraordinario, y como V. tiene mucho imperio en su animo, si no desdice de la idea que de él me ha hecho formar, pudiera encargarse de esta negociacion.

Ya posee V., primita, la llave de toda mi conducta, que sin esta explicacion pareceria extravagante, y que ahora espero que V. y Julia aprueben. La ventaja de tener una muger como la mia me ha hecho usar medios, que con cualquiera otra fueran impracticables. Si la dejo con entera confianza con su antiguo amante, guardada de sola su virtud, fuera un loco si hospedara en mi casa este mismo amante antes de estar cierto de que para siempre habia dejado de serlo; y como me habia de asegurar de ello, si tuviese una esposa con quien mejos pudiera contar?

Algunas veces he visto que se sonreia V. de mis observaciones acerca del amor; pero esta vez tendrá V. porque hacerme acatamiento. He hecho un descubrimiento que ni V. ni muger de este mundo con toda la sagacidad que à su sexo atribuyen nunca hubiera hecho, cuya evidencia conocerá V. sin embargo acaso desde el primer instante, y que mirará como demostrado, à lo menos cuando

le haya podido explicar en que me fundo. Decir à V. que mis dos juvenes están mas enamorados que nunca, sin duda que no es informarla de una maravilla. Afirmar à V. por el contrario que están radicalmente curados, ya sabe lo que pueden la razon y la virtud, y cierto que no es este su mayor milagro. Pero que se hallen ciertos estos dos contrarios al mismo tiempo; que estén mas ardentemente que nunca apasionados uno de otro, y que no reine entre ellos mas que una amistad honesta; que siempre sean amantes sin ser mas que amigos: esto, pienso, es lo que menos V. esperaba, lo que mas dificultad en comprender tendrá, y lo que sin embargo es conforme à la exacta verdad.

Este es el enigma que resulta de las frecuentes contradicciones que ha debido V. notar en ellos, tanto en sus conversaciones como en sus cartas. Lo que ha escrito V. à Julia tocante al retrato me ha servido mas que nada para aclarar el misterio; y veo que nunca están de mala fe, aun desmintiéndose sin cesar. Cuando digo están, hablo particularmente del manejo; porque de su amiga de V. solamente por conjeturas se puede hablar; un velo de modestia y honestidad forma tantas dobleces en torno de su corazon, que ya no es posible que ojo humano penetre en él, ni aun el suyo propio. La unica cosa que me mueve à sospechar que le queda por vencer alguna desconfianza, es que no cesa de averiguar consigo propia como haria si estuviese totalmente sana, y lo ejecuta con tanta puntualidad, que no lo hiciera tan bien si realmente lo estuviera.

En cuanto à su amigo de V., que, aunque virtuoso, se asusta menos de los afectos que le quedan, veo todavía en él to-

dos los que en su juventud primera tuvo, pero los veo sin derecho à que me ofendan. No es de Julia de Wolmar de quien está enamorado, sino de Julia de Etange; y no me aborrece como à poseedor de la persona que ama, sino como à robador de la que amó. La muger agena no es su dama, ni la madre de dos hijos su antigua discipula. Es cierto que se le parece mucho, y que con frecuencia le recuerda su memoria. La ama en el tiempo pasado; esta es la explicacion del enigma, quitele V. la memoria, y se acabó su amor.

No es esta una sutileza vana, primita, sino una observacion muy solida; que aplicandola à otros amores, se hallaria acaso mas general de lo que parece, y pienso que no fuera difícil explicarla en este lance aun por las propias ideas de V. Cuando V. separó à estos dos amantes era la epoca en que habia llegado su pasion al ultimo apice de vehemencia. Puede ser que si hubieran permanecido mas tiempo juntos poco à poco se hubiesen entibiado; pero conmovida con viveza su imaginacion sin cesar, se los ha presentado uno à otro como eran en el punto que se separaron. El mozo no viendo en su dama las mudanzas que eran efecto del progreso del tiempo la amaba como la habia visto, y no como ella era (1). Para hacerle feliz era menester no solo darsela, sino volverla de la misma edad y en las mismas circunstancias en que se hallaba en el tiempo de sus primeros amores; la menor alteracion à todo esto era disminuir en otro tanto la dicha que se habia prometido. Está mas hermosa, pero ha mudado, y en este sentido ha redundado en perjuicio de él lo que ha grangeado ella, porque está enamorado de la antigua, y no de otra alguna.

(1) ¿Que locas sois vosotras las mugeres con pretender dar consistencia à tan insubistente y efimero afecto como es el amor! Todo varia en la naturaleza; todo está en un flujo y reflujo continuo: ¿y queréis vosotras inspirar ardores constantes? con que derecho pretendéis ser hoy amadas porque ser cais ayer? Conservad el mismo semblante, la misma edad, el mismo genio, sed siempre unas mismas, y ós amarán siempre, si es posible. Pero mudar sin cesar, y querer que os amen siempre, es querer que à cada instante dejen de amaros, y no es buscar pechos constantes, sino pechos tan mudables como voso tras.

El error que le engaña y causa su desasosiego consiste en que confunde los tiempos y se acusa como de un afecto actual de lo que no es mas que efecto de una tierna memoria; pero no sé si no vale mas acabar de curarle que desengañarle; acaso para su cura nos será mas provechoso su error que su desengaño. Descubrirle el estado verdadero de su corazón fuera hacerle saber la muerte de lo que ama, y causarle una aflicción peligrosa, porque siempre el estado de tristeza es propicio al amor.

Libre de los escrúpulos que le molestan, daría con mas complacencia pabulo à memorias que deben estinguirse, hablaría de ellas con menos reserva, y no están de tal manera borrados los lineamientos de Julia en la señora de Wolmar, que à poder de buscarlos no los pudiera encontrar todavia. He pensado que en vez de sacarle de la opinion de los adelantamientos que cree que ha hecho, y que le sirve de estímulo para dar cima à su empresa, era menester hacer que perdiese la memoria de tiempos que debe olvidar, substituyendo con maña otras ideas à las que para él son tan preciosas. V. que contribuyó à dar origen à las primeras puede mas que nadie contribuir à borrarlas; pero hasta que se venga à vivir para siempre con nosotros no quiero decir à V. al oido lo que para eso ha de hacer, y es carga que, si no me engaño, le será bastante llevadera. Entre tanto procuro yo acostumbrarle con los objetos que le amedrentan, presentandoselos de manera que no sean peligrosos para él. Es un mozo ardiente, pero debil y facil de dejarse guiar, y me aprovecho de esta casualidad, aluciando su imaginacion. En vez de su dama le fuerzo à que vea siempre la muger de un hombre de bien y la madre de mis hijos; borro asi una pintura con otra, y cubro con lo presente lo pasado. Así llevamos à un caballo asustadizo al objeto que le espanta, para que le pierda el miedo. Lo mismo se ha de hacer con estos mozos, cuya imaginacion, cuando ya se ha resfriado su corazón, todavia arde, y les representa desde lejos monstruos que se desparecen al punto que à ellos se acercan.

CARTA XV.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

AYER se marchó el señor de Wolmar à Etange, y apenas entiendo el estado de

Creo que conozco bien las fuerzas de uno y otro, y solo los espongo à pruebas à que pueden resistir; porque no consiste la prudencia en tomar indistintamente todo genero de precauciones, sino en elegir las que sean utiles, y omitir las superfluas. Los ocho dias que voy à dejarlos juntos bastarán acaso para enseñarles à distinguir sus verdaderos afectos, y conocer lo que son realmente uno para con otro. Cuanto mas se vieren à solas, mas facilmente caerán en su equivocacion, comparando lo que sientan con lo que en otro tiempo en semejante situacion hubieran sentido. Añada V. que les importa acostumbrarse sin riesgo à la intimidad en que necesariamente han de vivir si se realizan mis ideas. Por la conducta de Julia veo que le ha dado V. consejos que no puede menos de seguir sin agravarse à sí propia. ¿Que gusto fuera para mí darle esta prueba de que conozco todo cuanto vale, si fuera una muger con la cual pudiera un marido hacerse merito de su confianza! Pero aun cuando nada hubiese adelantado con su corazón, fuera la misma su virtud; mas costosa le seria, pero veneraria, en vez de que si hoy le queda alguna pena interior que padecer, solo puede ser la ternura de una convencion de reminiscencia, que sabrá muy bien prever, y que siempre evitará. Ya ve V. pues que no ha de juzgarse de mi conducta por las reglas ordinarias, sino por las intenciones que me la inspiran, y el caracter unico de aquella con quien la observo.

A Dios, primita, hasta la vuelta. Aunque no he dado todas estas esplicaciones à Julia, no exijo que le haga V. misterio de ellas. Mi maxima es no interponer secretos entre amigos, asi estos los ha de la discrecion de V.; haga de ellos el uso que le inspiren la amistad y la prudencia, que sé que todo cuanto haga será lo mejor y lo mas acertado.

tristeza en que me ha dejado su ausencia, y creo que me afligiria menos la de su muger que la suya. Me hallo mas violento que cuando estoy en su presencia; reina en el fondo de mi corazón un mudo silencio; sofoca su murmuracion un terror secreto, y menos agitado de deseos que de sustos, padezco los terrores del delito, sin las tentaciones de cometerlo.

¿Sabe V., Milord, donde alienta mi alma y pierde estos indignos miedos? junto à la señora de Wolmar. Así que me acerco à ella, su vista calma mi turbacion y sus miradas apuran mi corazón. Tanto es el ascendiente del suyo, que parece que siempre inspira à los demas la conciencia de su inocencia, y la tranquilidad que es su fruto. Por mi desdicha su metodo de vida no le permite estar todo el dia en compañía de sus amigos, y en los momentos que me veo precisado à pasar sin verla menos padecería si estuviese mas desviado de ella.

Lo que tambien contribuye à mantener la melancolia de que me siento abrumado es una conversacion que tuvo ayer conmigo, cuando se hubo ausentado su marido. Aunque hasta entonces se hubiese mantenido bastante serena, le siguió largo rato con los ojos enternecidos, cosa que al principio atribuí yo à sola la ausencia de este feliz esposo, pero en sus razones conocí que procedia esta ternura de otra causa que yo no conocia. V. ve como vivimos, me dijo, y sabe si le quiero; no crea sin embargo que el afecto que con él me estrecha, tan fiero y eficaz como el amor, esté sujeto à sus flaquezas. Si nos es costoso ver interrumpida la dulce costumbre de vivir juntos, nos consuela la esperanza cierta de verla en breve añudada de nuevo. Pocas vicisitudes que recelar deja un estado tan permanente; y en una ausencia de breves dias menos sentimos la pena de tan corto intervalo que el gusto de contemplar el proximo fin de ella. La afliccion que lee V. en mis ojos proviene de causa mas grave, y aunque relativa al señor de Wolmar no es la causa su ausencia.

Querido amigo mio, añadió en tono

lastimado, no hay dicha verdadera en la tierra. Mi marido es el mas boudadoso, y el mas honrado de los hombres; con la obligacion que nos une se junta una inclinacion reciproca; no hay para él otros gustos que los míos; tengo hijos que solo satisfacciones prometen y dan ya à su madre; nunca hubo amiga mas tierna, mas virtuosa, mas amable, que la que idolatra mi corazón, y voy à pasar mi vida con ella; V. propio contribuye à hacerme la mia mas grata justificando tan bien la estimacion y el cariño que le profeso; un porfiado y largo pleito que va à concluirse traerá en breve à mis brazos al mejor de los padres; todo prospera, reinan en nuestra casa el orden y la paz; nuestros criados son fieles y celosos; nuestros vecinos nos dan muestras del mas cordial afecto; gozamos de la benevolencia publica; favorecida en todas cosas por el cielo, la fortuna y los hombres, veo que todo conspira à mi felicidad: un pesar secreto, un pesar solo la acibara; y no soy feliz. Estas ultimas palabras las pronuncia con un suspiro que me traspasó el alma, y en el cual bien ví que no tenia yo parte ninguna. ¿No es feliz, dije entre mí, suspirando tambien, y no soy yo quien turba su felicidad!

En un punto trastornó esta idea fatal todas las mias, y turbó el sosiego que à disfrutar empezaba. Impaciente con la insufrible duda en que me habian dejado sus razones, tanto la insté para que acabara de manifestarme su pecho, que en fin vertió en el mio el funesto secreto, y me permitió que se le revelase à V.... Pero es hora de pasco. La señora de Wolmar sale ahora del gineceo à pasarse con sus hijos, y me lo envia à decir. Voy allá, Milord, le dejo à V. por esta vez, y difiero para otra carta el darle cuenta del asunto interrumpido en esta.

CARTA XVI.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A SU MARIDO.

TE espero el martes, como me dices, y todo lo hallarás dispuesto conforme à tus intenciones. No dejes de verte à

tu vuelta con mi prima, que te dirá lo que ha sucedido en tu ausencia, mas quiero que lo sepas de ella que de mi boca.

Wolmar, es cierto que creo ser acreedora á tu estimacion; pero tu conducta no es la que conviene, y disfrutas con rigor de la virtud de tu muger.

CARTA XVII.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

QUIERO dar cuenta à V., Milord, de un peligro que hemos corrido estos dias pasados, y de que por fortuna hemos salido à costa del susto y algo de fatiga. Esto merece una carta à parte; cuando la lea V. verá lo que à escribirla me obliga.

Ya sabe V. que no está lejos del lago la casa de la señora de Wolmar, y que le gustan los paseos por agua. Tres dias ha que la desocupacion que le permite la ausencia de su marido, y la serenidad de la noche nos sugirieron la idea de uno de estos paseos para el otro dia. Al salir del sol nos fuimos à orillas del lago, tomamos un barco con redes para pescar, tres remeros y un criado, y nos embarcamos con algunos bastimentos para comer. Yo habia escogido una escopeta para tirar à golondrinas; pero me afeó el matar pajaros sin provecho, y por solo el gusto de hacer mal. Divertíame pues en tirar de tiempo en tiempo à patos silbones, chorlitos, y solo pude tirar desde muy lejos à un colimbo y erré el tiro.

Pasamos una ó dos horas pescando à quinientos pasos de la ribera. La pesca fué buena, pero excepto una trucha que habia recibido un traucazo con el remo, hizo Julia tirar al agua todo lo que se pescó. Son animalitos que padecen, dijo, demoles la libertad, y gocemos del gusto que tendrán ellos en verse fuera de peligro. Ejecutóse despacio esta operacion, de mala gana, y no sin algunas representaciones; y facilmente eché de ver que mas gusto hubieran tenido los

que con nosotros iban en comerse el pescado que en oír la moral que le fibra la vida.

Metimnos despues mas adentro del lago, y yo con la viveza de un mozo de que seria ya tiempo que me enmendase, me puse à bogar; y de tal modo me encaminé hacia la mitad del lago, que en breve nos encontramos à mas de una legua de la orilla (1). Aqui esplicaba à Julia todas las partes del soberbio horizonte que nos cercaba. Desde lejos le enseñaba las bocas del Rodano, cuyo impetuoso curso se amansa à distancia de un cuarto de legua, como si con sus cenagosas ondas temiera amancillar el azulado cristal del lago. Le hacia contemplar los angulos entrantes y salientes de las montañas, que correspondientes y paralelos forman en el espacio que los separa un cauce digno del rio que le ocupa. Desviada de nuestra costa me complacia en que mirase maravillada las ricas y encantadoras riberas del pais de Vaud, donde la muchedumbre de ciudades, el innumerable gentio, las verdes y en todas partes pomposas colinas, formaban la mas atractiva pintura; donde en todas partes cultivada, y en todas fecunda, la tierra ofrece al labrador, al pastor, al viñador, el fruto seguro de sus afanes, que no devora el codicioso publicano. Enseñandole luego el Chablais en la costa opuesta, pais no menos favorecido de la naturaleza, y que en todas partes solo un espectáculo de miseria presenta, le hacia palpablemente distinguir los efectos de ambos gobiernos en la riqueza, el numero y la felicidad de los hombres. Asi, le decia, abre su fértil seno la tierra, prodiga de sus tesoros con los venturosos pueblos que para si propios la cultivan; parece que se alegra y se anima con el grato espectáculo de la libertad, y que se complace en alimentar hombres. Por el contrario los tristes paredones, los matorrales y los abrojos que una tierra casyerma cabren, desde lejos indican que domina en ella un amo ausente, y que

(1) Como puede ser esto? En frente de Clarens tiene el lago mucho mas de dos leguas de ancho.

mal de su grado franquea à sus esclavos algunas mequinas producciones que ellos no aprovechan.

Mientras que agradablemente nos divertiamos en recorrer con la vista las veinas costas, un viento de tierra que de sesgo nos empujaba hacia la orilla opuesta se levantó y arreció mucho; y cuando empezamos à revirar era tan fuerte la resistencia, que no fué posible à nuestro fragil barquichuelo vencerla. En breve las olas fueron tremendas, y fué menester dirigirnos à la ribera de Saboya, y procurar aportar al lugar de Meillerie que estaba fronterizo à nosotros, y que casi es el unico paraje de esta costa donde presenta la arena un desembarcadero comodo. Pero el viento que habia mudado tomaba fuerza, inutilizaba los esfuerzos de nuestros barqueros, y nos hacia derivar mas abajo, costando una larga fila de escarpados peñascos, donde no se encuentra refugio.

Todos nos pusimos à remar, y casi en aquel instante tuve el sentimiento de ver à Julia acometida de un mareo, debil y tomada de un desmayo à bordo del barco. Por fortuna que está hecha al agua, y no fué duradero este estado. Entretanto crecian nuestros esfuerzos con el peligro; el sol, la fatiga y el sudor nos tenían à todos faltos de respiracion y exhaustos de fuerza; entonces recobrando todo su animo alentaba Julia el nuestro con sus compasivos halagos, y echando en un vaso vino aguado, con temor de que nos embriagásemos, daba de beber alternativamente à los mas cansados. No, nunca brilló su adorable amiga de V. con tan vivo esplendor como en este punto que el calor y la agitacion habian realzado con mas fuego sus rosadas mejillas; y lo que mas aumentaba sus hechizos era que se echaba de ver en su enternecido ademan, que mas procedian sus cuidados de compasion de nosotros que de temor por su vida. Solo un instante habiendose entreabierto dos tablas en un encuentro que nos llenó à todos de agua, creyó que se habia roto el barco, y en una exclamacion de esta tierna madre oi distintamente estas palabras: ¡Hijos míos,

no os he de volver à ver! Yo, cuya imaginacion siempre me abulta el mal, aunque conocia de cierto cual era el peligro creí de un instante à otro ver sumergido el barco, y esta beldad tan adorable agitarse en mitad de las olas; marchitas con la amargura de la muerte las rosas de su rostro.

Finalmente à fuerza de remos subimos à Meillerie, y despues de haber lidiado por espacio de mas de una hora à diez pasos de la orilla, logramos saltar en tierra y al instante se olvidaron todas nuestras fatigas. Julia se encargó de agradecer todas las faenas que cada uno habia desempeñado, y como en lo mas inminente del riesgo solo en nosotros habia pensado, cuando estuvimos en tierra le parecia que era la unica que habiamos libertado.

Comimos con las ganas que en un violento trabajo se adquieren. Aderezóse la trucha; y Julia, que es muy aficionada, comió muy poco de ella y comió de que para quitar à los barqueros el sentimiento de su sacrificio deseaba que no comiese yo mucho. Milord, mil veces lo ha dicho V. en las cosas grandes como en las menudas siempre se pinta su afectuosa alma.

Despues de comer siguiendo alborotado el lago, y siendo necesario componer el barco, propuse que diéramos un paseo. Julia me opuso la ventisca, el sol, y queria que descansara; yo, que tenia mi plan, no me rendí à sus razones. Estoy, le dije, acostumbrado desde niño à ejercicios penosos, que lejos de ser perniciosos à mi salud; la fortifican, y mi postrer viaje ha aumentado todavia mi robustez. Para resguardarse del viento y del sol lleva V. su sombrero de paja, iremos por bosques y sitios abrigados; basta para esto con trépat algunos peñascos, y V. que no gusta de llanuras no se incomodará con la fatiga. Hizo lo que yo queria, y nos fuimos mientras comia la familia.

V. sabe que despues de mi destierro del Valais volví diez años hace à Meillerie à aguardar el permiso de volverla à ver. Allí pasé tan tristes y tan deliciosos dias pensando unicamente en ella, y

de allí fué de donde le escribí una carta que tanta impresión hizo en su corazón. Siempre había deseado volver á visitar el aislado retiro que me sirvió de albergue en mitad de la escarcha, y donde se deleitaba mi corazón en conversar conmigo mismo de lo que mas en el mundo quiso. El motivo secreto de mi paseo fué visitar este sitio tan amado en estación mas grata, y con aquella célebre imagen moraba entonces conmigo, complaciendome de antemano en mostrarle antiguos monumentos de tan constante y desdichada pasión.

Llegamos allá despues de una hora de camino por amenos y tortuosos senderos, que subiendo insensiblemente por entre los arboles y las rocas, no ofrecian otra incomodidad que lo largo del camino. Al acercarme y reconocer mis antiguos vestigios estuve á pique de desmayarme, pero me venci, oculté mi turbación, y llegamos. Este sitio solitario formaba un silvestre y desierto retiro, pero lleno de aquella especie de hermosuras que solo á las almas sensibles agradan, y que á las demas parecen horribles. Un torrente que formaban las derretidas nieves despeñaba á veinte pasos de nosotros sus cenagosas ondas, y con estrepito, limo, piedras y arenas arrastraba. Detras una cadena de inaccesibles rocas separaba la esplanada en que estábamos de aquella parte de los Alpes que ventisqueros son llamados, donde montañas enormes de escarchas que sin cesar aumentan los cabren desde el principio del mundo (1). Dabanos á la derecha su triste sombra selvas de negros pinabetes; á la izquierda, mas allá del arroyo, habia un vasto bosque de alcornoques, y debajo nuestras plantas la inmensa llanada de agua que en el seno de los Alpes forma el lago nos separaba de las ricas costas del pais de Vaud, coronando este cuadro la majestuosa cima del Jura.

En medio de estos soberbios y magni-

(1) Son tan altas estas montañas que media hora despues de puesto el sol todavía sus rayos alumbran las cimas, y el encarnado de su luz que da en estas cumbres blancas con las nieves forma un hermoso color de rosa, que se ve á mucha distancia.

ficos objetos el corto terreno en que nos hallabamos se engalanaba con los arboles de una riente y campestre morada; filtrabanse por entre las rocas algunos arroyuelos, y por la verde yerba en cintas de cristal se deslizaban, inclinaban sus cabezas sobre las nuestras algunos frutales silvestres, y húmeda y fresca la tierra estaba de yerba y flores cubierta. Comparando tan serena mansion con los objetos que en torno se veian, parecia destinado este yermo sitio para asilo de dos amantes, que solos se hubiesen libertado de la universal ruina de la naturaleza.

Quando hubimos llegado á este retiro, y le hué yo contemplado un rato: ¿Qué dije mirando con ojos bañados en llanto á Julia, nada le dice á V. aquí su corazón, ni siente alguna secreta emoción contemplando un sitio que de V. está tan lleno? Entonces sin aguardar á que respondiese la conduje á la roca, y le enseñé grabada en mil parajes su cifra y muchos versos del Petrarca y el Tasso que á la situación en que yo me hallaba entonces se referian. Al verlos otra vez yo mismo despues de pasado tanto tiempo, esperiménte con cuánta fuerza puede la presencia de los objetos avivar los violentos afectos que cerca de ellos nos agitaron. Dijele con alguna vehemencia: ¡Oh Julia, eterno encanto de mi corazón! ves aquí los lugares donde otro tiempo el amante mas fiel del mundo por tí suspiraba; ves aquí la mansion donde tu imagen hacia su felicidad y preparaba aquella con que al fin le remuneraste tu propia. No se veían entonces ni estas sombras, ni estas frutas; no eran alfombrada de la tierra estas flores; no separaban sus divisiones el curso de estos arroyuelos, ni gorgaban estos pajaros sus cantos; el alceu voraz, el cuervo funebral, y la tremenda aguija de los Alpes hacian solos resonar en estas cavernas sus gritos; inmensas escarchas de todos estos peñascos pendían, flecos de blanca

niere eran el unico arreo de estos arboles; todo aqui los rigores del invierno y el horror de los hielos respiraba, solo los fuegos de mi corazón me hacian tolerable este sitio, y en él se iban pensando en tí los dias enteros. Mira la piedra donde para contemplar desde lejos tu feliz morada me sentaba; encima de esta se escribió la carta que ablandó tu pecho, estos tajantes pedernales de burl para grabar tu cifra me servian; aqui atravesé el torrente helado en cobro de una carta tuya, que un remolino me arrebató; allí fui á reparar y á besar mil veces la postrema que me escribiste; mira la orilla del precipicio de donde con ansiosos y desesperados ojos la profundidad de estas simas contemplaba; en fin aqui fue donde antes de mi triste partida vine á llorarle moribunda, y juré no sobrevivirte. Niña con tanta constancia amada, ó tú para quien fui yo nacido, he de hallarme contigo en los mismos lugares, y anhelar en balde por aquel tiempo que pasaba llorando en ellos tu ausencia... iba á seguir, pero Julia que viendo que á la orilla de la sima me acercaba, se habia asustado, y me habia cogido de la mano, la apreté sin hablar palabra, y comprimiendo un mal ahogado sollozo, apartando luego apriesa la vista, y tirandome por el brazo: vamos, amigo mio, me dijo con voz tremula, el aire de este sitio no es sano para mí. Fui me guiando con ella pero sin darle respuesta, y dejé para siempre esta triste soledad como á Julia misma la hubiera dejado.

Habiendo vuelto con lentos pasos al puerto dando algunos rodeos, nos separamos. Quiso ella quedarse sola, y yo seguí paseandome, sin saber adonde iba. Quando volvi no estaba aun listo el barco, ni sosegada el agua, cenamos con tristeza, bajos los ojos, meditabundo el semblante, comimos poco, y hablamos menos. Despues de cenar fuimos á sentarnos en la arena, aguardando el ins-

tante de partirnos. Poco á poco se despejó la luna, se sosegó el agua, y me propuso Julia que nos embarcásemos. Le di la mano para entrar en el barco, y sentandome á su lado seguí teniendola asida de la mia. Observamos ambos un profundo silencio, y me convidaba á la meditacion el ruido igual y á compas de los remos. El alegre canto de las gallinetas (1), que me traia á la memoria deleites de mi pasada edad, en vez de divertirme me entristecia. Poco á poco sentia crecer la melancolia que me abrumaba. La serenidad del cielo, la frescura del aire, la suave claridad de la luna, el argentado tremolar de las ondas que en torno de nosotros brillaban, el concurso de las mas gratas sensaciones, y hasta la presencia del objeto amado, nada pudo apartar de mi corazón mil dolorosas reflexiones.

Empecé acordandome de un paseo semejante que di en otro tiempo con ella mientras el embeleso de nuestros primeros amores. Retratáronse en mi alma para afigirla todos los deliciosos afectos que la llenaban entonces; todos los sucesos de nuestra mocedad, nuestros estudios, nuestras conversaciones, nuestras cartas, nuestras secretas citas, nuestros gustos,

*Y tanta fe, y memorias tan suaves,
Y tan luenga costumbre.*

Una muchedumbre de objetos de poca entidad, que me ponían delante la imagen de mi pasada dicha; todo se ofrecia á mi memoria para aumentar mi presente miseria, pintandome la pasada felicidad. Se acabó, decia dentro de mí; aquellos tiempos, aquellos felices tiempos ya no son, para siempre huyeron. ¡Ay, que nunca volverán, y estamos juntos, y para siempre estan unidos nuestros corazones! Me parecia que con mas resignacion hubiera sufrido la muerte, ó su ausencia, y que habia padecido menos el tiempo que lejos de ella habia vivido. Quando á tanta distancia gemia,

(1) La gallineta del lago de Ginebra no es la que comunmente llaman asi su canto es mas vivo y mas animado, y las noches de verano da al lago un viso de vida y frescura, que hace todavía mas deliciosas sus riberas.

la esperanza de volverla à ver aliviaba mi pecho ; me lisonjaba con que todas mis penas las borraria un instante que en su presencia estuviese ; contemplaba à lo menos en la esfera de las cosas posibles un estado menos acerbo que el mio ; pero encontrarse à su lado , pero verla , tocarla , hablarla , amarla , adorarla , y casi poseyendola reconocer que para siempre la he perdido : esto me precipitaba en accidentes de ira y rabia que por grados me condujeron al ultimo apice de desesperacion. En breve empezaron à embatir en mi alma funestos proyectos , y en un desvario tal que pensando en él me estremezco , me acometió una violenta tentacion de despeñarla conmigo en las olas , y dar fin en sus brazos à mi vida y à mis dilatados tormentos. Tan fuerte llegó al fin à ser esta horrenda tentacion , que me vi obligado à soltar à toda priesa su mano é irme al otro extremo del barco.

Allí empezaron à tomar otro giro mis vehementes agitaciones ; poco à poco fue insinuandose en mi alma un afecto mas sereno ; pudo mas la ternura que la desesperacion , salió de mis ojos un diluvio de lagrimas , y comparado este estado con aquel de que acababa de salir no dejaba de causarme contento. Lloré abundantemente largo rato , y me senti aliviado. Cuando me hube serenado volví al lado de Julia , y le cogí otra vez la mano. Tenia en ella su pañuelo , y le senti todo mojado. ¡ Ah , le dije en voz baja , bien veo que nunca han dejado de entenderse nuestros corazones !

FIN DE LA CUARTA PARTE.

Verdad es , me respondió con alterada voz , pero sea esta la vez postrera que en este tono se espliquen. Volvimos entonces à entablar una sosegada conversacion , y habiendo navegado cosa de una hora llegamos sin otro azar. Cuando estuvimos en casa distinguí à la luz que traia Julia encarnados y muy hinchados los ojos , y los míos no hubo de encontrarlos ella en mejor estado. Despues de las fatigas de todo el dia tenia mucha necesidad de descansar ; se retiró y yo me fuí à acostar.

Esta es , amigo mio , la historia circunstanciada del dia de mi vida en que , sin exceptuar ninguno , he sentido las mas violentas emociones. Espero que hayan sido la crisis que me vuelva enteramente en mí. En cuanto à lo demas diré à V. que esta aventura me ha convencido mejor que todos los argumentos de la libertad del hombre y el merito de la virtud. ¡ Cuantas personas son flacamente tentadas , y se rinden ! En cuanto à Julia (mis ojos lo vieron y lo sintió mi corazón) sustentó aquel día la mas fiera lid que sustentó jamas humano pecho , y sin embargo salió con victoria. Pero , ¿ que he hecho yo para desviarme de ella ? O Eduardo , cuando seducido por tu dama supiste triunfar de consuno de tus deseos y los suyos , no eras de superior naturaleza que la humana ? Sin ti acaso era yo perdido. Cien veces en este dia de peligros la memoria de tu virtud me restituyó la mia.

QUINTA PARTE.

CARTA I.

DE MILORD EDUARDO A SAN PREUX (1).

SAL de la infancia , amigo , despiertate : no entregues tu vida entera al dilatado sueño de la razon. La edad se va y apenas basta la que te queda para la sabiduria. De mas de treinta años , ya es tiempo de pensar en sí propio ; empieza à volver en tí y sé una vez hombre antes de morir.

Querido , el corazón de V. le ha engañado acerca de sus luces ; ha querido filosofar antes de ser capaz de ello ; ha equivocado el afecto con la razon , y contentandose con evaluar las cosas por la impresion que le causaban , nunca ha conocido su verdadero valor. Confieso que un corazón recto es el primer organo de la verdad , y que quien nunca ha sentido pasiones nada puede aprender , que no hace mas que fluctuar de uno en otro error , y solo adquiere un saber vano y conocimientos estériles , porque siempre se le esconde la verdadera relacion de las cosas con el hombre , que es la primera ciencia de este ; pero tambien se ciñe à la primera mitad de esta ciencia quien no estudia las relaciones que tienen las cosas unas con otras para apreciar con mas exactitud las que con nosotros tienen. No basta conocer las pasiones humanas si no sabemos evaluar los objetos de ellas , y este ultimo estudio solo en la calma de la meditacion puede hacerse.

Es la mocedad del sabio la epoca de sus esperiencias ; los instrumentos de estas son las pasiones ; pero despues de

haber aplicado su alma à los objetos esternos para tocarlos , la retira dentro de sí propio para considerarlos , compararlos y conocerlos. En este caso se debe hallar V. mas que nadie en el mundo. Todos cuantos deleites y tormentos puede experimentar un pecho sensible han llenado el de V. ; todo cuanto puede ver un hombre lo han visto sus ojos. En espacio de doce años ha apurado V. todos cuantos afectos pueden ocupar una dilatada vida , y todavia mozo , se ha adquirido ya la esperiencia de un viejo : fueron objeto de sus primeras observaciones hombres sencillos casi como los formó la naturaleza , y le han servido de pieza de comparacion. Desterrado à la capital del pueblo mas célebre del universo , saltó V. , por decirlo así , al otro extremo , que un vasto ingenio suple los intermedios. Pasando de allí à la unica nacion de hombres , que entre los varios rebaños de que está cubierta la tierra queda , si no ha visto V. reinar las leyes , ha visto à lo menos que aun vivian ; ha aprendido à reconocer los signos distintivos de este organo sagrado de la voluntad de un pueblo , y como el imperio de la pública razon es la verdadera base de la libertad. Ha corrido V. todos los climas , y visto todas las regiones que alumbra el sol , y goza ahora de espectáculo mas raro y mas digno de la contemplacion del sabio , el de una alma sublime y pura triunfante de las pasiones , y reinando en sí propia. El primer objeto que à sus ojos de V. se presentó es el que aun miran , y la admiracion que le profesa es tanto mas fundada , cuanto mas nume-

(1) Parece que se escribió esta carta antes de haber recibido la anterior.